

El humor en la música

Pablo Espinosa

¿Existe música triste?

En novelas, cuentos, poemas, uno topa con expresiones del tipo “y sonaba una música tristísima”.

En ese momento, de manera inevitable, acude a mi mente el sonido “tristísimo” del violín de Laszlo Loszla en la serie *Don Gato y su pandilla*, lo cual evidencia la otra parte de la balanza: el humor, el buen talante en los conceptos acerca de la música.

Los estudios sobre la melancolía arrojan ejemplos a mares: llanto frente a, generalmente, música que languidece en un violín, de preferencia.

Oliver Sacks tiene materia prima a mares también.

Pero la verdad es que no he conocido aún a alguien que diga: voy a poner música triste porque quiero ponerme muy triste.

Ya a niveles de ignominia, las mesas en cantinas coronadas de mariachis o rocolas con música “tequilera” para “ahogar las penas”.

El caso contrario, la música alegre, parece una clasificación tan arbitraria como la de música triste.

El calificativo obedece a las situaciones del entorno: el estado de ánimo del escucha, un día nublado, condiciones emocionales propicias a la melancolía.

Distintos estudios han determinado que las vibraciones que genera determinada música producen estados de ánimo diversos.

Los rangos de frecuencia resultan igualmente determinantes.

A todo esto contribuye la condición cultural de la música, es decir, la valoración y sobre todo clasificación de la música.

Basta recordar que a la música de concierto suele denominarse “música seria”.

Pasu.

Los escritos sobre música prescinden por lo general de la sonrisa.

De plano instalados en lo académico, lo musicológico, lo técnico y lo tendiente a lo aburrido, esos textos suelen dejar fuera a los simples mortales, a los no académicos, los que no leemos partituras, los que no somos músicos profesionales ni amigos o enemigos de los autores de la “crítica musical”. Pura relatividad, diría Einstein mientras sonrío tocando su violín.

Se pierden esos teóricos, entre otras cosas, del placer de preguntarse, por ejemplo, si esa canción que popularizó Pedro Infante (prohibido hablar de música “del vulgo”: otra tara de la literatura sobre música) y que se titula *Carta a Eufemia*, preguntarse, digo, lo siguiente: ¿la carta a Eufemia está plagada de eufemismos?

Y así formular cuestionamientos como los siguientes: los músicos en las haciendas, los hacendados ¿hacen dados?

¿Los compositores ucranianos tienen el cráneo en forma de U?: ¿u-craneanos?

Melómanos gustan de celebrar su condición de cronopios inventando juegos, trivialidades y también adjudicar dichos y hechos a troches y moches, como por ejemplo atribuir al compositor barroco Christoph Willibald Gluck la siguiente frase célebre: *El mar se me hace chico para echarme un buche de agua: Gluck*.

O nombrar alegremente a los compositores favoritos así: Igor Stravinsky se convierte, por virtud cronopía, en El Famoso Músico Bizco Don Igor Strabismo.

O traducir, también alegremente, sus nombres: Philip Glass es Felipe Vidrio y James Brown es don Jaime Café y Jimmy



Les Luthiers

Page es Jaime Páquina y Johann Sebastian Bach es don Juanito Arroyo (*Bach* es arroyo en alemán) y don Tomaso Albinoni adquiere segundo apellido: Tintoni.

¿Si a Chopín le dicen Chopán, por qué a Agustín no le dicen Agustán?

Y convertir el *Preludio a la siesta de un fauno*, de Debussy, en el *Preludio a la fiesta de un sauno*.

Y convencer a doña Carmina Burana para que ahora sí asista a uno de sus conciertos, porque cada vez que tocan su obra en alguna sala de música, no falta el cronista de algún periódico que escribe cosas muy bonitas de esa velada pero, *hélas*, se lamenta porque “no vimos por ningún lugar, en ninguna butaca, pasillo o corredor, a la señora Carmina Burana. Pero, por lo demás, todo bien”.

Y releer el hermoso cuento “Sinfonía concluida” de Augusto Monterroso y recordar al chaparrito Schubert cuando escribió música bien triste pero bien que se divertiría en la taberna donde era cliente habitual, donde tenía crédito vitalicio pues solía levantarse luego del vino e irse a dormir y al otro día: señor Panchito Schubert, ayer se le olvidó pagar la cuenta pero no

se preocupe, ¿le servimos igual? Y entonces volvía a escribir música bonita.

Y volver a poner a sonar en el aparato reproductor (je) la obra de Erik Satie, *Embryons desséchés*, donde juega a placer con falsos finales tipo mariachi y cuando creemos que ahora sí, tan tarán, tan tan, nones, nos suelta otro falso final mientras reímos a carcajadas.

Y como un gag de Les Luthiers, escuchar de nuevo *Una broma musical* de Mozart y aunque ya conocemos todos los chistoretos ahí insertos, nos vuelven a salir las de cocodrilo, porque los cocodrilos sí tienen sentido del humor y de tanto reír lloran, qué digo lloran, se les salen ahora sí que las de cocodrilo, por fuerza de tanta fuerza en las marámbulas, digo en las mandíbulas.

Y volver a escuchar, sí, escuchar, porque esos dibujos suenan de tan geniales los cartones musicales de don Joaquín Lavadero, Quino El Inmortal, quien convierte en realidad cosas imposibles, como hacer tocar un *pizzicato* a un timbalista, hacer volar un estallido de solfas mediante la sencilla aproximación de un alfiler a un globo inflado, cuando lee en la

particella sobre el atril una solfa grandota grandota como una pelotota y dotar al músico incomprendido de un público fiel y adulador: un director de orquesta en la soledad de su habitación, donde todas las paredes están pintadas con orejas: público multitudinario.

Y volver a escuchar los maullidos de don Chava Flores cantando *El gato viudo*, con todo y sus acotaciones de dramaturgo, pues cuando toca el turno de cantar al gato, él simplemente para dar la entrada, el famoso *quii*, dice: “gato” y entonces suena su maullido y luego crepita el tintinar de la cámara fotográfica: “clic clic clic / el retrato ya salió / clic clic clic / ¡señorita, se movió!”, y antes de que Cleto cierre sus ojitos y los gorriones acaben con los pomos y Espergencia se gaste los dos pesos y de que no le baje el sol, para evitarle quemaduras en la piel, Don Chava El Inmortal Flores nos hace muy felices con su chorrito de voz.

Y volver a escuchar los sketches de José Candelario Tres Patines haciendo juegos de palabras en francés mezclado con espanglish cubano y cantar una semitrova con hartito jícamo y tumbao.



Amadeus de Milos Forman, 1984

Y poner a sonar una vieja grabación de Los Xochimilcas para enseguida escuchar a Tintán tintinear un tango de “argentinito shorón” y doblar el canto canino a medio camino: “y debajo de la cama / áaaúuullaba un perro”.

Y voltear a ver el meme donde aparece Ringo Starr en una fotografía tocando la batería y junto su nombre: Ringo Starr y enseguida la misma fotografía pero ahora donde aparece solamente la batería y el músico es ido: Ringo No Starr.

Y poner un disco: un azules, es decir un blues, de acuerdo con la traducción de Les Luthiers.

Melómanos escritores como Julio Cortázar y Alejo Carpentier crean ambientes propicios para el disfrute musical mayúsculo, como las crónicas de concierto del argentino o la delirante novela *Concierto barroco* del cubano.

Otro cubano, Guillermo Cabrera Infante, lleva a extremos de la carcajada el asunto musical, como cuando el personaje femenino de *Tres tristes tigres* llama por teléfono a Kodak, álter ego del autor:

—Necesito que vengas, quiero hacer el amor escuchando el mar.

—Paso por ti de inmediato y te llevo a la playa.

—No, idiota, *El mar* de Debussy, tráete el disco y el fonógrafo.

Esa novela contiene glosarios enteros donde Cole Porter equivale a llamar al portero: Call Porter, y convierte a la música a creadores de otros lares, como por ejemplo el famoso pintor de girasoles de día y sonero de noche: don Vincent Bon Gó.

Y así por nuestro propio gusto e invención, podemos nombrar a Ludwig van Beethoven así: Beto ven Acá Beethoven.

Por su esbeltez, Maurice El Charales Ravel.

Por su dieta, el Beatle Paul McCartney pasa a ser El Famoso Músico Vegetariano Don Polma Carne.

Y celebrar el meme donde Gustav Mahler aparece en un retrato de buen tamaño y su nombre junto al retrato: Mahler y más abajo, el retrato pero más pequeño: Smaller.

Y bueno, si el día está nublado, nada como poner a sonar la música de Vivaldi

y todo se ilumina. Si las caras largas, las oberturas de Rossini sacan carcajadas de las piedras. Y qué decir de las carcajadas que suenan en las partituras de Mozart, recurso que desarrolla Milos Forman en su película, imperdible, *Amadeus*.

Los muy gustados estudios científicos sirven para mucho. Por ejemplo, aquel que dice que a las vacas si les ponen música dan más y mejor leche, más sabrosa, y entonces uno puede libremente formular preguntas muy científicas:

—¿Qué hace una vaca melómana trepada en las ramas de un árbol?

—Hace leche nido.

—¿Y qué hace una vaca melómana echada, con todo y tanga, en la playa?

—Leche evaporada.

—¿Y en medio de un jardín florido?

—Leche clavel.

El humor musical sirve para cambiar el mundo, porque quien sonrío es poderoso; he ahí por ejemplo a Dmitri Shostakovich, acosado por Stalin quien lo censuraba, perseguía, hostigaba, y en respuesta Shostakovich escribía música plena de ironía, como entre muchos otros ejemplos, la jocosa *Novena Sinfonía*, aunque sucede que en las salas de conciertos, tan condicionada la situación cultural de la música, tan dada a lo solemne, pocos perciben ese humor notable en esa sinfonía y quienes ríen a carcajadas son callados de inmediato por los demás, y resultan amonestados, casi linchados por mal comportamiento. Sea serio.

En plena dictadura argentina, Les Luthiers caricaturizó al dictador en turno. Un ejemplo: el zar y sus huestes salen huyendo y en un momento dado uno de los sirvientes del zar exclama, al ver la situación perdida:

—¡Es inútil!

A lo que responde otro ujier:

—Sí, es inútil, ¡pero es el zar!

La creación de Johann Sebastian Mastropiero es una aportación genial de Les Luthiers: un compositor que no existe, que nunca existió pero está en todas partes. Es, por supuesto, un homenaje a Bach pero también un recurso espléndido para burlarse de todo, incluido el *statu quo* del mundillo de la música de concierto.

Como cuando parodian las notas al programa de las salas de concierto, donde los currícula de los músicos suelen ser retahíla de premios, escuelas, ciudades y nombres en curriculum vitae autoparódico.

Ahí la aportación de Les Luthiers es tajante: en lugar de “El músico fulanito realizó estudios en el conservatorio tal y con el maestro fulanito y etcétera de todos los etcéteras”, resuelven el texto extenso así: “Realizó estudios”. Punto.

Las parodias del mundillo de la ópera, tan dado a devaneos y excesos exquisitos, tienen en Les Luthiers momentos sublimes, como cuando Daniel Rabinovich lee la sinopsis de una ópera y por causa de miopía lo cambia todo: en lugar de “una vieja leyenda hebrea”, dice: “una vieja leyendo ebria”.

Uno de los momentos más hilarantes de Les Luthiers es el episodio titulado *Merengue*, donde Marcos Mundstock es interrumpido por Rabinovich y agradece porque así puede convertir su monólogo en un bi-ólogo. Las musas son los seres más divertidos, en especial la musa de los insectos: La Musaraña, mientras Daniel cavila gozosamente “fuera del recipiente” y aparece la musa de la danza: Terpsícore, que se convierte en Esther Píscore, y esta pieza, *Merengue*, de Les Luthiers, circula en YouTube, donde hay materiales tan notables como las creaciones del cuarteto de cuerdas femenino Salut Salon, que interpreta, entre otros materiales, un pasaje de *Las estaciones* de Vivaldi con excelencia de técnica interpretativa pero sobre todo con mucho, mucho humor.

Existe por fortuna toda una vertiente de músicos libres, es decir, de intérpretes que en escena hacen las delicias de su público porque lanzan bromas a granel. Bromas musicales, consistentes en emitir notas falsas, tocar notas invisibles en el aire, seguir en suma el ejemplo de Erik Satie, ese patriarca fundador del humor en las salas de concierto.

Cuando uno ve en escena a un músico cuya materia prima es el humor, desea que toda la música fuera así, de manera que el mundo sería mejor, si todos los músicos y sus públicos sonrieran.

Por cierto, ¿alguien dijo “música triste”? **U**